

BIBLIOTECA SELECTA
CRISTOBAL SCHMID

La Guirnalda de Flores

47



RAMON SOPENA EDITOR
PROVENZA 93-97 BARCELONA

C-1111
85



00040648

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

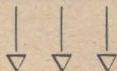
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 21 de Septiembre de 1925.
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
PASCUAL LLÓPEZ

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.,
Serio. Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



CRISTÓBAL SCHMID

LA GUIRNALDA DE FLORES

TRADUCCIÓN DE

PEDRO PEDRAZA Y PÁEZ

29.151



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR



PROVENZA, 93 A 97
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

LA GUIRNALDA DE FLORES

I

EL MAESTRO DE ESCUELA

El bueno y modesto Federico Hermann, maestro de escuela del concejo de Rochemont, llevaba una vida feliz y apacible desempeñando con loable celo las funciones de su digna profesión. Dedicado desde muy joven a la enseñanza, hallaba un indecible encanto en formar a los niños en la virtud y religión, al mismo tiempo de enseñarles lo que podían comprender sus tiernas inteligencias. Satisfecho de su estado, no hubiera cambiado su casita por un palacio. Todo en el buen maestro representaba el amor al bien, y su celo en el adelanto de sus discípulos carecía de límites.

La aldea de Rochemont está situada en una garganta de montañas elevadísimas y de majestuoso aspecto. Cuando el digno profesor pasó por allí la primera vez, y descubrió de lejos el campanario que elevaba su chapitel negruzco sobre las

cabañas, los grupos de árboles y los riscos, sintió una penosa impresión, que fué mucho más fuerte al entrar en la casa de la escuela, que amenazaba desplomarse, y delante de la cual había un charco de agua estancada y pútrida, que era preciso atravesar sobre piedras para llegar a ella. El interior del local correspondía perfectamente con lo exterior. El techo estaba ennegrecido con el humo, el suelo sucio y pegajoso; enormes telarañas cubrían las paredes; los vidrios de las ventanas no se habían lavado hacía ya muchos años, e interceptaban la luz; las habitaciones exhalaban un olor mefítico que parecía repeler al que quería establecerse allí. El jardín que rodeaba la casa era vasto pero no estaba cultivado, y su tierra sin abono no producía sino inútiles hierbas y algunos árboles frutales añosos, mal cuidados y roídos de musgo e insectos.

Hermann, a la vista de tanta suciedad y abandono, retrocedió un paso, pero no se desanimó. Desempeñó con tanta prudencia y celo sus funciones y mantuvo tan cordiales relaciones con los habitantes del concejo, que en breve tiempo se cautivó su afecto. Los niños, sobre todo, le querían como a un padre. Pronto se notó la diferencia que existía entre su método y el de su antecesor, y unánimemente se resolvió hacer reedificar la casa de escuela. Agradecido el maestro a esta señalada muestra de atención, se esforzó aún más para tener contentos a los padres de familia. Empleaba sus ratos desocupados en arreglar el huerto: cortó los árboles viejos, plantó otros de especies mejores, removió la tierra, sembró flores y hortaliza, y así pudo sacar mucho provecho de aquel terreno inculto. La charca de agua, cortada por regueras para su desagüe, se convirtió en un

cuadro de flores, y encantó luego la vista con los matices de toda especie de flores y su verde alfombra. El trabajo de aquel hombre laborioso fué coronado del éxito más feliz; como él era hijo de un jardinero, le resultó muy bien hecho todo lo que emprendió.

Habían transcurrido tres años desde su llegada



Empleaba sus ratos desocupados en arreglar el huerto... (Pág. 6.)

a Rochemont. En la época de las vendimias, fué Hermann a la ciudad para casarse con una doncella pudorosa, inteligente y oficiala muy hábil, llamada Teresa Hilmer. Su padre, que había sido funcionario público, le dió esmerada educación. El casamiento, para el que ambos novios se habían preparado con los sacramentos de la penitencia y

comunión, fué bendecido por el párroco de la ciudad; y después de la ceremonia religiosa, Hermann y su mujer hicieron una modesta comida frugal en casa del tío de Teresa, primer cantor de la parroquia. No se entregaron ellos aquel día a la bulliciosa alegría de la boda, prefiriendo economizar su dinero a gastarlo en banquete y baile. La recién casada, que había visto la antigua casa de escuela en que su marido vivía, sentía cierta repugnancia a ir a encerrarse en una morada tan poco higiénica y sucia; júzguese, pues, su sorpresa cuando entró en ella. Todo había cambiado allí. Las ventanas de postigos desvencijados y rotos, tenían relucientes cristales y persianas nuevas; las paredes, blancas como la nieve, ostentaban bonitas pinturas, de las cuales una representaba a Jesucristo rodeado de niños, otra a Santa Cecilia, y la tercera a la Sagrada Familia. El piso estaba bien fregado y cubierto de una arenilla amarilla. En el entrepaño formado por dos ventanas, veíase una buena librería, con vidrieras, que encerraba las obras favoritas del maestro, y enfrente estaba colocado un hermoso piano, de madera de nogal como la librería. Una mesa cubierta con un tapete, seis sillas de paja, y otros diferente objetos completaban este mobiliario, fruto de las economías de Hermann. En los alféizares de las ventanas había tiestos de flores que esparcían un olor muy agradable, y embalsamaban el cuarto.

Teresa contempló todo aquello con creciente sorpresa. Las pinturas, particularmente, parecieron causarle muy buen efecto. Aprobó la elección de los asuntos, y dijo:

—El divino Salvador, rodeado de niños, recuerda al maestro sus obligaciones, y el amor que

debe profesar a sus discípulos; el de la Sagrada Familia, nos predica la unión y piedad que deben reinar en una casa cristiana; y el de Santa Cecilia, elevando sus miradas al cielo, a la vez que canta las alabanzas del Señor, nos enseña a santificar el arte de la música, y no profanarlo con miras mundanas.

Hermann, a quien estas reflexiones dejaban atónito, condujo después a su mujer al huerto. Desde luego el bonito cuadro de flores, en lugar de la charca de agua, con su blando césped y manzanos cargados de fruto, ofrecía una vista deliciosa. Desde la puerta de entrada hasta el extremo del huerto, que estaba cerrado con seto vivo, se veía un ancho sendero con arriates, flores y arbustos a ambos lados. El huerto estaba dividido en muchos cuadros; en unos, se cultivaban legumbres; en otros, convertidos en pomar, veíanse árboles frutales, bajo los cuales crecía una hierba tierna, destinada para pasto de las vacas. En un rincón del huerto, donde el inteligente Hermann había sembrado plantas aromáticas, se hallaban varias colmenas llenas de abejas; y en la colinita aladeña se veían también diferentes flores campestres. No había un palmo de terreno en aquella diminuta posesión que no estuviese cultivado.

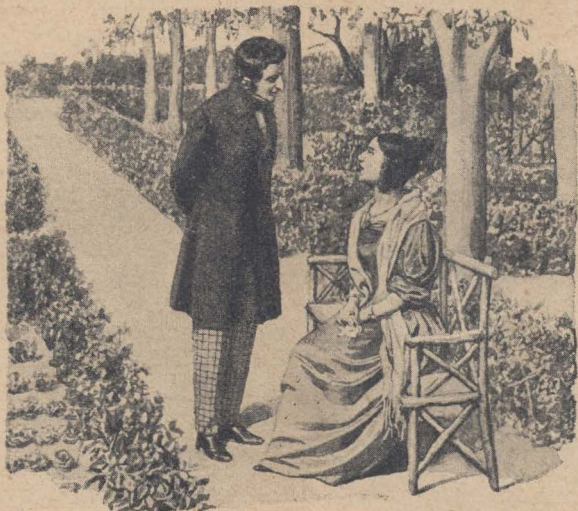
A la vista de todas estas maravillas, debidas al trabajo e inteligencia del maestro, la joven esposa sonrió, y sentándose en un banco bajo un manzano, dijo a su marido:

—¡Cuánto debes disfrutar, querido Federico, al echar una mirada sobre este jardín! Hace tres años que este cercado era un verdadero matorral, y hoy día es un pequeño paraíso. Estos son los frutos de la laboriosidad y de la perseverancia.

Espero que viviremos felices y con paz en este pueblo, en el que, según veo, tienes ya amigos.

—Tienes razón — le respondió su marido—, pues, con la ayuda de algunos campesinos, he llegado a convertir así este arenal en el huerto que estás viendo. Pero ven, tengo todavía algo que enseñarte.

Y la llevó a la escuela, donde se hallaban re-



...y sentándose en un banco bajo un manzano, dijo a su marido... (Pág. 9.)

unidos casi todos los alumnos, los cuales, al entrar el maestro acompañado de su esposa, se levantaron, saludaron respetuosamente a entrambos y ofrecieron a la señora del profesor, quién un cordero, quién un par de pichones, una gallina, huevos, fruta, miel, manteca de vacas, lino, un

jamón, platos, vasos, etc. Teresa no pudo retener sus lágrimas a la vista de tantos regalos y, sobre todo, de la alegría retratada en las caras de los niños, a los que ella dió efusivamente las gracias.

Mientras la recién casada recibía, agradecida, las dádivas ofrecidas por la inocencia, se abrió la puerta, y entró en la sala el venerable cura párroco. Hermann alzó la mano, y exclamaron los niños :

—¡ Viva Jesús !

—Está muy bien, hijos míos—respondió el sacerdote—. Amad siempre al amantísimo Salvador, que tan amigo es de los niños ; obedeced bien su santa ley, y seréis eternamente dichosos. Mañana cumpliré los sesenta años, y he aprendido en esta larga vida cuán dulce es el servir a tan buen Señor. Mi existencia no ha estado exenta de sufrimientos y de crueles adversidades, y, sin embargo, no me ha faltado nunca nada, porque he esperado siempre en El.

Y volviéndose hacia Hermann, añadió :

—Y usted, querido profesor, que hace ya tres años da a este pueblo el ejemplo de la piedad y virtud, continúe siempre como en lo pasado, amando a estos niños, a esta interesante porción del rebaño que me está confiado : infúndales constantemente el amor a la religión y trabajo, y algún día recibirá usted una recompensa proporcionada a su celo y al bien que haya hecho en la tierra. Pero, ¿qué digo? Bajarán las bendiciones celestiales sobre usted y su esposa ya en esta vida ; porque Dios dispensa su gracia a aquellos de sus hijos que le aman y le sirven con toda su buena voluntad.

II

LA MUJER DEL BUEN MAESTRO

El padre de Teresa había sido mayordomo del castillo del conde de Lindenberg.

El conde había tenido muchos hijos, de los cuales Leonor, la más joven, era de la misma edad que Teresa. Las dos niñas se querían como hermanas, y pasaban juntas la mayor parte del tiempo. Teresa asistía casi diariamente a las lecciones de su amiga, y aprendió con ella a hacer muchas labores.

Cierto día partió el conde con su familia para cumplimentar al príncipe, que debía pasar a una corta distancia del castillo. Solamente Leonor tuvo precisión de quedarse en casa, porque estaba convaleciente de una grave enfermedad, y el médico había prohibido que saliera de sus habitaciones. La doncella que quedó para cuidarla le pidió licencia, que le concedió de buen grado Leonor, para ir a ver pasar también al príncipe con los demás criados, prometiéndole volver en seguida. Teresa se ofreció a acompañar a su amiga, y se disponía a ir a verla. El día era espléndido, una hermosa mañana de verano. Leonor, que se aburría en su cuarto, se vistió, y fué a pasearse en el jardín, donde vió, con profundo pesar, que el sol había marchitado las flores que ella cuidaba. Sin consultar con sus fuerzas, tomó una regadera, y se encaminó hacia un gran estanque



situado en medio del jardín. Metió su regadera en el agua, pero cuando quiso volverla a sacar, le faltó el pie, y cayó en el estanque, lanzando un agudo grito.

Teresa, que reconoció la voz de su amiga, acudió sobresaltada, y vió a Leonor braceando desesperadamente en el estanque, que era profundo. Hecha una heroína a la vista del peligro, Teresa se arrojó al agua, asió la ropa flotante de la desgraciada convaleciente, y consiguió, después de mil esfuerzos, sacarla del estanque. Leonor, sobrecogida de espanto, se desmayó en los brazos de su amiga, que la llevó al castillo, en donde la desnudó y metió en la cama. El calor de la cama y los solícitos cuidados de Teresa, la hicieron volver pronto en sí misma. Cuando Leonor hubo recobrado el conocimiento, abrazó con efusión a la hija del mayordomo, y le dijo :

—Me has salvado la vida, y nunca olvidaré tu abnegación; sin ti me hubiera ahogado.

—No es a mí a quien debe dar las gracias, querida señorita — le respondió Teresa—, sino a Dios, porque El es quien me ha dado fuerzas y valor para sacar a usted del estanque.

La heroica acción de Teresa estrechó todavía más los vínculos de la amistad que existían entre las dos doncellas, que no se separaban ya casi nunca. Entre tanto, las largas guerras entre Francia y Alemania no tenían visos de acabar. El conde de Lindenberg temía ver su castillo invadido por el ejército enemigo, y se decidió a abandonar la provincia para refugiarse en Viena con toda su familia. Leonor, a quien esta partida apenaba extraordinariamente, la notició llorando a Teresa, rogándole que la acompañase; pero ésta le respondió que aquello era imposible, pues no podía dejar a su padre solo, sobre todo habiendo muerto su anciana criada, y no teniendo ya a ninguno para asistirle en sus achaques. Leonor insistió, pero todos sus ruegos fueron inútiles.

Conociendo la condesa el cariño que su hija profesaba a Teresa, hubiera querido llevarse a esta última, y, al efecto, le dijo:

—Ven, pues, con nosotros, para hacer compañía a Leonor; has llegado a la edad en que es preciso pensar en un nuevo estado, y en Viena hallarás, seguramente, un partido ventajoso. Así, decídete, verás que no tendrás por qué arrepentirte; te miraré como a hija mía y serás feliz.

Teresa repitió que por nada del mundo debía desamparar a su padre; que prefería exponerse a todo antes que faltar a sus obligaciones para el que le dió el ser.

—No puedo censurarte — le respondió la con-

desa—; tu modo de pensar es muy noble, y me conmueve profundamente. Dios recompensará tu piedad filial. Quédate, pues, al lado de tu padre para cuidarle en su vejez. Si tienes la desgracia de perderle, escíbeme en seguida y te enviaré



dinero para que vayas a Viena a reunirte con nosotros.

Llegó finalmente el día de la partida. Las dos jóvenes amigas lloraban desconsoladamente al darse el abrazo de despedida. Teresa estaba tan conmovida, que le faltó poco para desmayarse al ver salir el coche del patio. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista, y se volvió a casa muy triste para continuar llorando.

La guerra se prolongaba. Teresa vivía dichosa

con su padre, y se ocupaba en los quehaceres domésticos. Como era muy hacendosa no se aburría nunca. Así pasó un año, cuando su padre recibió la noticia de la muerte del conde de Lindenberg. Esta desgracia afligió extraordinariamente a Teresa y al honrado mayordomo, tanto más cuanto que el castillo fué vendido a un traficante de granos que había hecho fortuna con el aprovisionamiento de los ejércitos, y despidió al viejo administrador. Teresa y su padre abandonaron el castillo, y alquilaron una humilde casita en la aldea. Allí debían vivir de la pensión que había sido señalada al fiel servidor; pero, como no se les pagaba con puntualidad, hubieron de sufrir con frecuencia las más duras privaciones. Teresa se esforzaba por suplir la paga con su trabajo; como ella era muy mañosa, ganaba lo suficiente para que su padre no careciera de lo más indispensable.

Empero, los pesares y la edad habían ido quebrantando la salud del antiguo mayordomo, que se vió luego obligado a guardar cama. Su hija velaba a su cabecera prodigándole los consuelos que le sugería su inmenso cariño filial, y el padre, conmovido a la vista de esta piedad, derramaba a menudo lágrimas de enternecimiento, y dijo un día a Teresa que Dios premiaría más adelante su abnegación. Confortado con los últimos sacramentos de la Iglesia, el buen hombre murió al poco tiempo de caer enfermo, siendo su muerte muy sentida por cuantos le habían conocido.

Teresa se vió, pues, huérfana y sin amparo alguno. Se acordó entonces de los ofrecimientos de la condesa de Lindenberg, y le escribió en seguida, creyendo que podría ir a reunirse con ella en Viena. Al cabo de quince días, recibió la res-



...cuando cortaba sus árboles, o los injertaba, se hacía
acompañar de algunos discípulos... (Pág. 19.)

puesta de Leonor, quien le noticiaba la muerte de su madre, y añadía que ella misma, de resultas de las calamidades de la guerra, veía frustradas sus esperanzas y se hallaba en una situación bien penosa, viviendo en Bohemia al lado de una tía suya, que no tenía miramiento ninguno con ella, y la trataba como a una criada. Teresa abandonó la aldea y se trasladó a la ciudad inmediata a casa de su tío Hilmer, que le hizo muy buena acogida. Como era una doncella muy recatada, seria y hacendosa, fué solicitada en casamiento por algunos jóvenes, pero no se dejó alucinar por las brillantes propuestas que se le hacían, y otorgó su mano al maestro Hermann, aunque éste era tan pobre como ella. Obró así porque estimaba más la virtud que el dinero, y le gustaba la profesión de maestro, tan menospreciada, a veces, por quienes ignoran cuán altas son las funciones del magisterio.

Su tío, que era un hombre de bien a carta cabal, desinteresado y prudente, aprobó esta elección, y le dijo :

—Has hecho bien, sobrina, en preferir al pobre Hermann. Ese mozo es piadoso, instruído y de irrepreensible conducta. Dedicado enteramente a sus obligaciones, honrado y económico, sabrá asegurar vuestro porvenir. Sí, estoy persuadido de que, con él, serás más feliz que con cualquiera de los jóvenes mundanos que te han pretendido por esposa. El Señor derramará sobre tu casa sus bendiciones, y tu padre intercederá en el cielo por ti. Marcha, pues, en paz a la aldea donde tan querido es tu esposo, y ten confianza en Dios.

III

LA FAMILIA DE HERMANN

Los recién casados llevaban una vida feliz y tranquila en Rochemont, y hermoseaban su existencia con el ejercicio de todas las virtudes cristianas. No formaban más que un corazón y una voluntad, edificábanse mutuamente con una piadosa conducta, amaban a Dios con toda su alma, y mantenían con todos los procederes honrados la armonía conyugal. Para establecer su felicidad sobre fundamentos sólidos, evitaban todo lo que podía alterar la concordia que reinaba entre ellos, reprimían la impetuosidad y el mal humor, y se perdonaban sinceramente las ligeras faltas de que podían reconvenirse. No hacían nunca gastos superfluos, se contentaban con lo poco que ganaban, y aun hallaban medio de socorrer a los desvalidos. La economía y sobriedad que reinaban en su casa, les permitió hacer algunos ahorros con que hacer frente a las adversidades que pudieran sobrevenir y que con tanta frecuencia vienen a caer hasta sobre las familias mejor acomodadas.

Hermann seguía desempeñando con una escrupulosa puntualidad las funciones de su cargo, y dedicaba al cultivo de su huerto sus ratos desocupados. Teresa cuidaba del aseo y limpieza de la casa, no dejaba nunca nada de por medio en las habitaciones, repasaba la ropa blanca, y a la salida de la escuela reunía alrededor de sí a las niñas mayorcitas para enseñarles a bordar, hacer media

y coser, y las entretenía contándoles algún rasgo de una historia edificante, o cantando con ellas un himno religioso. Su habilidad fué conocida muy pronto en la aldea; le encargaban labores de todas partes, y al cabo del mes podía ella poner siempre aparte una pequeña cantidad, o emplearla en las necesidades de la casa.

El maestro tampoco perdía el tiempo, y cuando cortaba sus árboles, o los injertaba, se hacía acompañar de algunos discípulos, a los que daba lecciones prácticas de horticultura y jardinería. Les enseñaba también a encurtir las legumbres para el invierno, a conservar las frutas, y otras mil cosas que podían serles útiles algún día.

El Señor bendijo la unión de ambos esposos con el nacimiento de varios hijos. La mayor de las hijas, llamada Catalina, era un vivo retrato de la madre, tanto en lo físico como en lo moral; Sofía, la segunda, era una niña muy dócil; venía después Federico, precioso niño, vivo y entendido. Más adelante les nacieron todavía otros hijos.

Teresa conocía demasiado los deberes de una madre cristiana para descuidarse en la educación de sus hijos, y les infundió ante todo el amor y el temor de Dios, y a ser obedientes y sumisos. Educados estos niños por tan buenos padres, fueron el consuelo y alegría de éstos, compensándoles así de los gastos que ellos les ocasionaban. Los acostumbraron pronto al trabajo; y a la edad en que otros niños viven todavía en una profunda ignorancia, los del maestro de escuela eran ya instruidos.

En una hermosa mañana de primavera, Teresa se hallaba sentada en el banco colocado bajo el manzano. Hermann leía en su cuarto, y los niños, que jugaban sobre el blando césped, acercá-

banse de vez en cuando a su madre, dirigiéndole diferentes preguntas, ya sobre esto, ya sobre aquello. Teresa, dichosa de ver su pequeña familia tan gozosa y contenta, dijo a Catalina que buscara el libro de los bonitos himnos que el señor cura había recomendado, y que se cantaban al principio y fin del catecismo. La niña obedeció, y se pusieron a cantar la madre y los hijos.

Apenas habían terminado una estrofa, cuando



Hermann, que había salido al huerto con su guitarra, se sentó al lado de los cantores para acompañarlos con los dulces sonidos de su instrumento.

Se hallaban muy embelesados los niños cantando a la sombra del manzano florido, sobre cuyas ramas venían a posarse los pájaros para tomar parte en aquel concierto.

— ¡Cuánto nos hemos divertido! — exclama-

ron— ¡Qué mañana tan agradable hemos pasado!

Hubieran querido reunirse así todos los días para entonar alabanzas al Criador.

Hermann se aprovechó de aquel entusiasmo, para decirles :

—Si esta reunión, queridos hijos míos, os llena de júbilo y os encanta, ¿qué será cuando os halléis un día en el Cielo, delante del trono de Dios, y oigáis a los ángeles cantar, acompañándose de arpas de oro, la grandeza y amor a su Señor? ¿Qué será, cuando reunidos vosotros a los coros celestiales, asistáis a los cánticos de alegría que resuenan en la celestial Sión? Si lo que los libros santos nos dicen de la bienaventuranza eterna es muy propio para estimular nuestra curiosidad, por otra parte nos enseñan también que, para gozarla, son precisos constantes esfuerzos y una vida cristiana. Por lo tanto, si queréis alcanzar un día la felicidad de que los elegidos disfrutan, debéis practicar la virtud, evitar el pecado, huir de lo malo, implorar incesantemente la ayuda del Señor, y haceros dignos de sus gracias. No olvidéis, pues, hijos míos, que no se abrirá el Cielo para los que hayan sucumbido a las malas tentaciones y no hayan cumplido todos los deberes con valor y perseverancia.

Con semejantes medios sabían Hermann y su mujer sugerir a sus hijos ideas de piedad, aprovechándose de todas las circunstancias para inclinarlos al bien. Por esta razón, los niños se distinguían en toda la aldea por su inocencia, dulzura, amables modales y circunspección. De la misma manera que sus padres ofrecían elocuente ejemplo de una unión dichosa, ellos se hicieron notar por

sus virtudes. El párroco decía con frecuencia a sus feligreses :

—No conozco familia ninguna más estimable que la del maestro, porque busca su felicidad en la religión solamente.

IV

DESVENTURAS

Como la felicidad nunca es perfecta en este mundo, Hermann y Teresa conocieron también la desventura ; pero la sobrellevaron con esa resignación tan grata a los ojos de Dios, que la hace meritoria. Sobrevino una gran escasez en el país ; los alimentos subieron de precio considerablemente, y los recursos de esta buena familia eran ya casi insuficientes para sustentar a once personas ; porque Teresa tenía, a la sazón, nueve hijos que absorbían por completo sus cuidados, hasta el punto que ella no podía hacer ya labores para fuera de casa.

Cierto día dijo esta virtuosa madre a su marido :

—Tengo que darte una triste nueva. De aquí a unos días se labrá apurado nuestra existencia de harina, el zapatero ha traído esta mañana tres pares de zapatos que ha remendado, y otros dos nuevos para los niños. Además, necesitan un traje de diario, y no sé de dónde sacar el dinero para subvenir a tantos gastos. ¿Cómo haremos?

—No te apures, querida—le respondió el maes-



tro—, Dios proveerá a ello. En este pueblo existen familias más desgraciadas que nosotros.

Mientras así hablaban, llamaron a la puerta, y entró el párroco en la habitación. Los niños dejaron su obra, se levantaron con respeto, y saludaron al venerable sacerdote.

—Vengo de casa de un enfermo — les dijo el cura—, y no he querido pasar de largo sin saludar a ustedes. Pero, ¿qué les pasa, que les veo tan tristes?

—Sólo a usted confiaré el motivo de nuestra tristeza — respondió Federico—: eso es lo que nos contrista.

Y mostró a sus nueve hijos.

—Me hago cargo, querido, me hago cargo de todo, pero eso tiene remedio. Venga usted a ver-

me esta tarde ; le daré algunas fanegas de trigo para alimentar a sus hijos. De buena gana le ofrecería algún dinero, pero no puedo ; mi caudal, dicho sea entre nosotros, está agotado. Ea, les dejo ; hasta la tarde.

El maestro de escuela y su esposa dieron las más rendidas gracias al párroco por el regalo que les hacía, y la alegría brilló de nuevo en sus semblantes.

—Con este trigo — dijo Hermann—, podremos ir tirando hasta la cosecha, y entonces no careceremos ya de pan. ¡ Cuán bueno es el Señor ! Nos envía socorro en el preciso momento en que más necesitados estábamos de él. Démosle, pues, las gracias, desde el fondo de nuestros corazones y confiemos siempre en su divina providencia.

Algún tiempo después, los niños tuvieron la es-carlatina, y su madre los asistió con la mayor solicitud, velando muchas noches al lado de ellos. Su marido la auxilió lo mejor que le fué posible, y la substituyó. Pero otras inquietudes vinieron todavía a atormentar a esta apreciable familia : la falta de dinero arrancó a menudo lágrimas a Teresa. Estas adversidades no fueron infructuosas para los niños ; porque así pudieron apreciar el cariño de sus padres.

—Querida madre — le dijo un día Catalina—, nunca olvidaré lo que usted hace por mí, y procuraré compensar su bondad con mi obediencia y trabajo. Aconsejaré igualmente a mis hermanos que la quieran a usted más. Conozco ahora todo el valor de la salud, y rogaré incesantemente al Señor que no me aflija con una nueva enfermedad, a fin de no causar a usted tantas molestias y pesares.

La cosecha vino, por fin, a esparcir en el país

la abundancia. El maestro de escuela fué arreglando poco a poco sus negocios, y de nuevo reinó la alegría en su cristiano hogar.

V

ENFERMEDAD DE TERESA

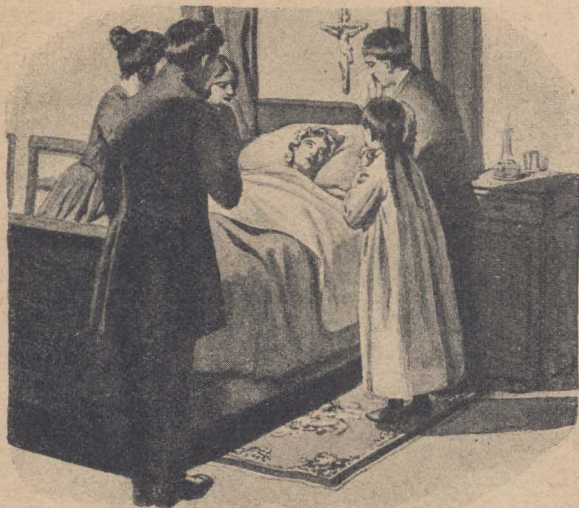
Transcurrió bastante tiempo sin que nada turbara la paz y dicha en casa del maestro de escuela; pero un día Teresa se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y tuvo que guardar cama. Mas, como la hacendosa mujer no quería permanecer ociosa, pidió que le trajeran un sombrero de paja que ella había llevado en otro tiempo en Lindenberg, y se puso a arreglarlo para su hija Catalina, pensando ofrecérselo el día de su santo. Este sombrero, aunque algo estropeado ya, volvió a tomar, sin embargo, una forma bastante graciosa, y a primera vista pudo pasar por nuevo. Teresa disfrutó lo indecible al ver la alegría de su hija; pero esta ocupación le aumentó de tal modo el dolor de cabeza, que pasó toda la noche en un continuo quejido. Al día siguiente, tuvo la buena madre un acceso de fiebre, y se puso tan débil que entraron en cuidado sobre su estado. Como era de noche, Hermann se levantó, hizo lumbre, y fué a despertar a los niños de más edad. Las pobres criaturas lloraban amargamente alrededor de la cama de Teresa, y exclamaron:

—¡ Ah! madre, no se muera usted, ni nos abandone.

Los gritos de éstos despertaron a los otros ni-

ños, que dormían profundamente, y el descon-suelo llegó a su colmo. Hermann, entonces, para aliviar a la enferma, los condujo a todos, excepto Catalina y Sofía, a la sala de escuela, y les dijo :

—Hijos míos, vuestros clamores no volverán la salud a vuestra madre, y, por lo contrario, po-



Las pobres criaturas lloraban amargamente... (Pág. 25.)

drían agravar su estado ; dejad, pues, de lamentaros, y rogad al Señor por ella.

Las siete inocentes criaturas se arrodillaron a los pies del crucifijo colocado encima de la mesa, y elevaron con fervor sus manos y sus plegarias al Cielo. Era un espectáculo enternecedor el ver a aquellos tiernos niños, a media noche, y a la débil claridad de una lámpara, ofrecer al

Señor sus oraciones por una madre enferma. El maestro unió sus votos a los de ellos, y dijo a Dios de lo íntimo de su corazón :

—Señor, Dios de bondad, atended a las súplicas de estos niños, y no les llevéis todavía a su madre. Compadeceos de su llanto.

Luego fué al cuarto de la enferma, que le alargó la mano, diciéndole :

—Me siento algo mejor, mi querido Federico ; desecha, pues, toda inquietud, el Señor me curará. Cuando los niños hayan concluido su oración, que vuelvan á acostarse.

Solamente Catalina pasó la noche al lado de su madre, y la asistió lo mejor que pudo.

A la mañana siguiente, fué Sofia a llamar a su madrina, la mujer del guardabosque, a quien rogó Hermann que se quedara al lado de Teresa, mientras él iba a la ciudad en busca de un médico.

—No vayas, querido Federico — le dijo la enferma— ; nos costaría mucho el hacer venir al médico ; Dios no nos desamparará. Economicemos nuestro dinero.

Hermann insistió, y, para disuadirle, dijo la mujer del guardabosque :

—No se preocupe usted tanto ; de aquí a dos o tres días, estará la comadre restablecida. La enferma se fatigó demasiado ayer componiendo el sombrero de Catalina, y esta debilidad es consecuencia de esa fatiga ; pero no hay nada que temer. Conozco, por otra parte, algunos remedios que la pondrán buena muy pronto. Mire usted, lo mismo me sucedió a mí el año pasado ; mi marido llamó al médico, que por espacio de unos días me hizo tomar cocimientos de hierbas, y en seguida me pude levantar. Esas hierbas se hallan

en nuestras inmediaciones; mande usted buscarlas, y verá qué bien sentarán a nuestra querida enferma.

Teresa, que deseaba a todo trance ahorrar dispendios, sostenía que la comadre llevaba razón; pero el maestro no fué del mismo parecer, y les hizo comprender que, no siendo iguales las complexiones y enfermedades, lo que convenía a una persona podía ser perjudicial a otra, y que solamente el médico era capaz de ordenar el régimen que debía seguirse. Declaró, pues, que, a despecho de todos los ruegos y consideraciones, iba él a tomar su sombrero y bastón y partir para la ciudad. Teresa entonces le rogó de nuevo que aguardara para ver el efecto de los remedios indicados por la comadre, y Hermann tuvo que acceder, no sin esfuerzo, a fin de no contristar a su mujer, pero añadió:

—Temo que estemos perdiendo el tiempo, y que para evitar gastos insignificantes, tendremos que hacer otros mayores. Me atengo siempre a la máxima que dice: que es preciso resistir en el principio a las enfermedades y pasiones, porque después será demasiado tarde. Por lo tanto, si pasado mañana Teresa no ha experimentado una notable mejoría, iré en busca del médico, a pesar de todo el mundo.

VI

EL ANTIGUO CASTILLO

Catalina, deseosa de proporcionar algún alivio a su madre, se puso el sombrero de paja que ésta había arreglado la víspera, tomó una cesta y salió para buscar las hierbas medicinales.

A una corta distancia de la aldea de Rochemont, en la cima de la montaña, veíanse las ruinas de un antiguo castillo, que se iban desplomando. Al pie de los muros de esta antigua fortaleza de la Edad Media, crecían en abundancia las hierbas que Catalina necesitaba. Al atravesar la moza el jardín, cortó un ramo de flores bien frescas, que



...tomó una cesta y salió para buscar las hierbas medicinales. (Pág. 28.)

ella dispuso en forma de guirnalda sobre su sombrero amarillo, lo que hizo resaltar maravillosamente los matices de las hojas y de las flores. Trepó luego a la montaña, y se puso a coger las hierbas indicadas, que le eran bien conocidas, pidiendo a Dios en lo íntimo de su corazón que ben-

dijera aquellas plantas, a fin de que restituyesen la salud a su pobre madre. De improviso le pareció oír los pasos de una persona que se esforzaba por alcanzarla. Volvió la cabeza, y vió a sus espaldas una señora joven, vestida con un traje blanco y la cabeza envuelta en un velo de muselina fina. Catalina retrocedió asustada, porque corrían voces en el pueblo de que aquel palacio estaba habitado por una dama que se aparecía de cuando en cuando a los curiosos con el mismo traje y facciones de la desconocida, cuya presencia le llenó de terror. Aquella señora tenía, poco más o menos, la edad que Catalina, y llevaba en la mano derecha una bolsa de labor, bordada y cerrada con un candadillo, mientras que con la izquierda se sujetaba el velo que cubría su cabeza. Su graciosa figura revelaba amabilidad y dulzura y desvaneció al punto los temores de Catalina.

—Dime, pues, niña — preguntó la aparecida —, ¿querías venderme tu sombrero? El aire se ha llevado el mío, y ha caído en el río que corre en la falda de esa montaña allá abajo; y, para evitar que mi madre me riña, desearía yo substituirle. Tu sombrero, con esa preciosa guirnalda, me gusta muchísimo. Cédemelo, y te lo pagaré bien.

—Consiento en ello, señora, aunque con mucho sentimiento, porque mi madre me lo compuso ayer, y lo llevo hoy por la primera vez. Tenemos necesidad de dinero, mi madre está mala, y esto nos ayudaría para costear su enfermedad.

—Pues bien, ¿cuánto quieres por él? Dilo con franqueza.

—No sé lo que valen estos objetos, porque nunca los he comprado.

—Mira, te daré una moneda de oro; tómala, y dame el sombrero, porque el postillón ha llegado



a lo alto de la cuesta, y mi madre me hace seña con su pañuelo para que vaya a reunirme con ella.

Así diciendo, abrió la bolsa, entregó la moneda de oro, se puso el sombrero y huyó a todo correr. En algunos instantes llegó junto a un coche de viaje, al que subió, y desapareció luego envuelto en una nube de polvo.

Catalina creía estar soñando. Miró, volvió y revolvió muchas veces la reluciente moneda de oro, no sabiendo qué pensar de todo aquello. Llena de gozo y de inquietud a la vez, tomó su cesta, bajó la montaña, y se encaminó hacia la aldea.

—¡Qué extraño es esto! — se dijo a sí misma, en el camino—; no concibo cómo esta señora ha podido pagarme tan caro un sencillo sombrero de paja. Preciso es que sea una princesa para derrochar así el oro.

Y miró de nuevo la moneda que le había entregado la desconocida.

Era la primera vez de su vida que ella veía en sus manos una pieza de oro.

—¡ Ah ! ¡ qué contentos se pondrán mis padres ! A lo menos podremos llamar al médico y comprar las medicinas que recete.

Catalina apresuró el paso, y pronto estuvo de vuelta en la aldea. Pasó el seto vivo y voló al cuarto de su madre, cerca de la cual estaba sentado Hermann leyendo en un libro.

VII

AMOR FILIAL

—¡ Ah ! ¡ qué contenta vengo ! — exclamó la muchacha al entrar—. ¡ Miren ustedes, les traigo una moneda de oro !

—Ese socorro llega muy a tiempo — dijo Hermann— ; veamos si es buena.

Catalina entregó la moneda a su padre, que la sopesó y presentó luego a su mujer para que ella la examinara también. Los niños vinieron todos para ver aquel oro, y se maravillaron de su brillo. La pieza era de cuño muy reciente.

—¿ Cómo te la has proporcionado ? — preguntó el maestro.

Catalina refirió la escena de la montaña.

Teresa meneó tristemente la cabeza en su cama, y, lejos de alegrarse de aquel socorro, dijo que semejante dádiva no podía provenir más que de una equivocación, y que la joven desconocida



Catalina entregó la moneda a su padre, que la sopesó
y presentó luego a su mujer... (Pág. 32.)

se había engañado sin duda entregando una moneda por otra.

Entristecida la muchacha con las reflexiones de su madre, trató de disculparse, diciendo que había vendido el sombrero con mucho pesar, pero con la intención de aliviar a la enferma, y que si hubiera podido prever que había de causarle una pena a su madre, no lo hubiera cedido nunca por todo el oro de la tierra.

—No dudamos de tus buenas intenciones ni de tu sumisión a la voluntad de tus padres — respondió Hermann—. Ahora sólo se trata de saber si, en conciencia, podemos emplear ese dinero, que, según todas las apariencias, se ha escurrido en las manos de la señora, creyendo darte una moneda de menos valor. No ha tenido ella tiempo de comprobarlo, puesto que la apuraba el alcanzar el coche que la aguardaba.

—No se ha engañado al darme esta pieza, que vale cuatro escudos fuertes, pues su intención era ofrecirme un escudo por el sombrero y tres por la guirnalda de flores.

—Ya está todo explicado — repuso la madre—. Esa señora ha tomado tu guirnalda natural por una artificial. Las flores artificiales son caras, y supuso que tu guirnalda valía tres escudos. Es menester, sin embargo, que esa señora sea muy ligera para no distinguir las flores naturales de las hechas a mano, porque las primeras exhalan siempre cierto olor, sobre todo siendo frescas.

—Soy de tu parecer — dijo Hermann—, esa señora se ha engañado, y obrado con apresuramiento. Si el sombrero vale un escudo, es cierto que los otros tres no nos pertenecen, y, por lo tanto, hay que devolverlos.

—Ahora me parece que tiene usted razón—res-
GUIRNALDA.—3

pondió Catalina— ; aquella señora quedó, efectivamente, admirada de la guirnalda, diciendo que parecía de flores naturales. Se ha equivocado, no cabe duda en ello. Pero no sé cómo podremos devolverle su dinero, pues ignoro su nombre y el lugar de su residencia. Indudablemente es una persona de elevada clase, porque iba muy bien vestida y no todo el mundo lleva oro encima.

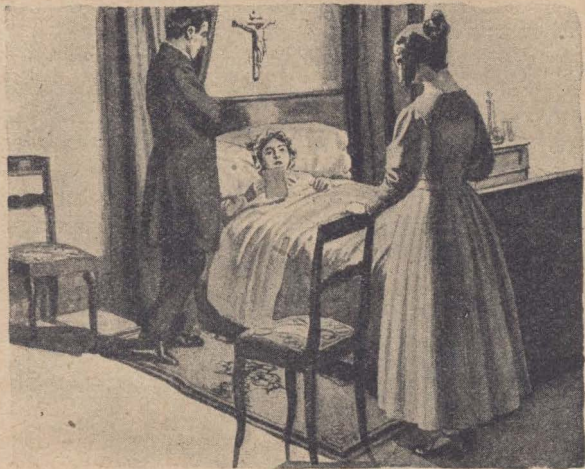
—Tal vez sea la dama del castillo que inspira tanto miedo a los niños — dijo el pequeño Federico, y se rieron a carcajadas todos los otros.

—Escucha, Catalina — repuso el padre—, lo que habrá que hacer para entregar este ducado a la desconocida. Me has dicho que ella viajaba en silla de posta con su madre. Ahora bien, vas a escribir una carta a dicha señora, e irás mañana a la oficina de la posta inmediata para averiguar su nombre ; porque, al mudar de caballos en aquella parada, se inscriben los nombres de los viajeros en un registro. Cuando lo hayas sabido pondrás el dinero dentro de la carta, escribirás las señas y lo entregarás a la dueña de la posta. Prefiero permanecer pobre a hacer fortuna con caudal mal adquirido. Pero dime, Teresa, ¿valía ese sombrero ciertamente un escudo fuerte?

—Sí, y aunque no es de moda, puede llevarse todavía algún tiempo.

Catalina escribió la carta siguiente :

«Señora : Debo reparar un error cometido cuando me compró usted el sombrero que tuve el gusto de venderle ayer cerca de las ruinas del castillo viejo. Me dió usted un ducado por dicho objeto, creyendo, sin duda, que la guirnalda que yo había puesto alrededor era de flores artificiales, siendo así que acababa yo de cortarlas en el seto de nues-



tro jardín. Mis padres sienten mucho este error, y no quieren guardar un dinero que no les pertenece. Como usted quiso servirme, me pagó generosamente el sombrero ofreciéndome un escudo fuerte; le devuelvo, pues, el resto, dándole mil gracias por su atención.

»Se ofrece a usted con reconocimiento y respeto su afectísima servidora,

»CATALINA HERMANN.»

Teresa leyó esta carta, y pareció quedar satisfecha. Dió después el ducado a su hija, y le dijo:

—Cuando llegues a la posta, le explicarás bien el caso a la dueña, le pedirás luego que cambie esta pieza de oro, tomarás tres escudos que meterás en la carta, y la cerrarás en presencia de

ella, escribiendo el sobrescrito. El otro escudo es para ti, y harás de él lo que gustes.

—¿De veras — preguntó Catalina — que el otro escudo es para mí? Pues bien, ya sé en qué debo emplearlo. Iré a ver al médico, y se lo daré para que él venga a visitar a usted y la cure. Después, si hay que comprar algo en la botica, venderé el pañuelo de seda que mi madrina me regaló y que está nuevécito. De esta manera se arreglará todo y no tendremos que contraer deudas.

—Y yo — dijo Sofía—, venderé mi collar de perlas, pues me han dicho que vale mucho.

El collar no tenía ningún valor, porque las perlas eran falsas.

Los demás niños se ofrecieron a vender sus juguetes para que nada faltase a su madre, y este rasgo de amor filial conmovió hondamente a Teresa y Hermann.

VIII

LA DUEÑA DE LA POSTA

Catalina se levantó muy temprano al día siguiente, y se preparó para ir a la aldea en que estaba situada la posta.

Antes de salir cortó algunas coliflores que puso en un canastillo para venderlas, guardóse en el pecho el ducado y la carta, y partió.

Al llegar a la posta, solicitó hablar a la dueña, y la hicieron entrar inmediatamente. Catalina la saludó cortésmente y le rogó luego que le dijera quiénes eran las dos señoras que habían mudado

de caballos en aquella posada la víspera por la tarde.

Eran la señora Duvalet y su hija que volvían a la ciudad. Venían de su casa de campo.

—¿Qué relaciones tienes con esas señoras?

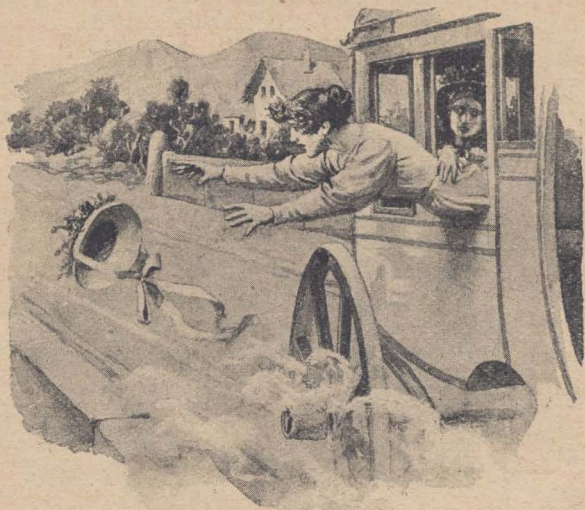
La hija del maestro le refirió el asunto de la víspera y le mostró la carta y la pieza de oro. Mientras que ella hablaba, entró en el cuarto un postillón que se puso a almorzar, y escuchó atentamente aquella relación.

—Sé también algo de esa historia—dijo el postillón—, porque soy quien condujo a esas señoras. La más joven es una persona sumamente viva y desenvuelta; no podía permanecer quieta ni un instante, se levantaba y volvía de continuo para examinar el país. Su madre podía a duras penas retenerla en su asiento. Cuando llegamos cerca del puente echado en el río al pie de la cuesta, me rogó la señorita que parara los caballos para poder contemplar bien el remolino de agua. La obedecí, se inclinó sobre la portezuela del coche y se quedó arrobada con el hermoso espectáculo que el río ofrece en aquel paraje. De repente una ráfaga de aire se llevó su sombrero, que era muy bonito, y guarnecido con una preciosa guirnalda de rosas y azucenas artificiales. Cayó el sombrero en el remolino, y desapareció luego bajo las olas espumosas. La señorita alargó las manos para cogerlo cuando se lo llevaba el aire y estuvo ella a pique de caer en el remanso, lo que causó un mortal susto a su madre, que le dijo con severo tono:

«—Eres menos juiciosa que un niño de cuatro años, y no cesarás en tus extravagancias hasta que te haya sucedido alguna desgracia. Acabas de perder el sombrero, y te has expuesto a caer tú misma en el río. Es un tormento viajar con unas ato-

londradas como tú ; está una siempre con el alma en un hilo. Si prosigues portándote así, te atraerás tu desdicha y la de tus padres.

»La hija se puso muy pálida al oír esta reprimenda y prometió a su madre enmendarse. Continuamos el camino, pero tuve que parar otra vez. La señorita quiso subir a pie la montaña y tomó



La señorita alargó las manos para cogerlo... (Pág. 37.)

una vereda para visitar las ruinas del antiguo palacio. La vi muy bien que hablaba con alguien. Su madre le hizo seña para que se reuniera con nosotros en lo alto de la cuesta, y así lo efectuó la joven, pero luciendo un sombrero de paja que le caía mejor que el que se había perdido. Mientras yo mudé de caballos mostróse ella muy contenta de

su adquisición. La madre examinó el sombrero y le preguntó cuánto le había costado. Respondió que el sombrero un escudo fuerte, y la guirnalda tres.

»—¿Cómo has dado tres escudos por esa guirnalda que no vale dos ochavos? — exclamó su madre con enojado acento.

»—¡Cómo! — repuso la señorita—. Esta guirnalda vale tanto como la del sombrero que he perdido y que pagó usted mucho más cara.

»—¿Pero no ves, locuela, que mi guirnalda era de flores artificiales, mientras que la tuya es de las cogidas en un vallado?

»La señorita no quería dar su brazo a torcer.

»—Aguarda un instante—prosiguió la madre—, y verás ahora mismo lo que es tu guirnalda.

»En efecto, un cuarto de hora después se marchitaron las flores, la hija las arrancó, las arrojó por la portezuela y se puso a llorar de cólera.

»—Me alegro — repuso la madre—, de que hayas recibido esta lección, que te hará más precavida. Ya ves con cuánta facilidad podemos engañarnos procediendo con tanta ligereza. Acuérdate toda tu vida de este hecho, y aprende a no juzgar sólo por las apariencias. ¡Cuántas veces las pobres doncellas se dejan seducir por engañosas exterioridades, y exponen así su inocencia, su honra, la paz del alma, y su dicha futura! Tienes ya suficientes años para saber lo que haces. Además, reflexiona que no tendrás siempre a tu madre al lado para recordarte tus deberes e impedir tus necedades. Créeme, ya es tiempo de que tengas juicio, porque te confieso que me gustaría más no tener hija ninguna que vivir siempre con penas y sobresaltos. Las faltas

se cometen bien pronto, pero no se reparan inmediatamente.

»Esta reprehensión causó viva impresión a la señorita, que se echó luego en los brazos de la madre, y le prometió ser más prudente. Desde aquel momento permaneció sosegada, y casi no despegó los labios. Al entrar en la ciudad, rogó a su madre que le perdonara sus imprudencias, y llegaron ambas muy contentas a su casa.»

La dueña de la posta, que halló el relato del postillón muy conforme con lo que le había contado Catalina, alabó a la muchacha por su delicadeza, y la exhortó a no imitar a la hija de la señora Duvalet. Cambió luego el ducado, entregó un escudo a Catalina, y, antes de cerrar la carta, y meter en ella los tres escudos, le rogó que la leyera. Catalina accedió, y como la señora halló la carta muy bien redactada, le dijo :

—Sin duda la ha escrito o, a lo menos, te la ha dictado tu padre.

—No, señora ; he sido yo misma.

—Trabajo me cuesta creerlo ; pero veamos, ponte a ese bufete, y escribe la dirección que te voy a dictar.

Catalina lo hizo ; y admirada la dueña de la posta, le pidió mil excusas por haberla sospechado capaz de mentir, y, obligándola a aceptar el desayuno que le ofrecía, la dejó para ir a dar diferentes órdenes en su casa.

Catalina comió con buen apetito, y aguardó que volviera la señora para darle gracias por sus bondades.

IX

EL MÉDICO CARITATIVO

Al fin volvió la dueña de la posta, y Catalina, después de expresarle su agradecimiento, le preguntó en dónde vivía el médico.

—¿Y qué tienes que hacer en casa del médico? — preguntó a su vez aquélla con curiosidad.

Catalina le habló entonces de la enfermedad de su madre y de la necesidad de tratar de conservarla a sus nueve hijos y a su marido.

—Quiero — añadió llorando — ofrecér este escudo al médico, a fin de que visite a mi pobre madre y la cure pronto.

—Me conmueve hondamente, hija mía, el ver que destinas esté dinero al restablecimiento de la salud de tu madre. Estas ideas hablan muy alto en tu favor. Voy a acompañarte a casa del médico, que vive a dos pasos de aquí. Aguarda un instante.

Algunos minutos después, entraban ambas en casa del doctor.

La dueña de la posta empezó contando la historia del sombrero de paja, habló después del desinterés de la familia del maestro Hermann, de la enfermedad de Teresa, madre de nueve hijos vivos, y suplicó al médico que hiciera algo en favor de una familia tan honrada. Esperando Catalina enternecer mejor a aquel hombre, hizo ademán de entregarle el escudo.

—Guárdate ese dinero, hija mía — repuso el

doctor—; no cobraré nada por asistir a tu madre. Iré a verla mañana, y espero que pronto estará restablecida.

—En ese caso — dijo la dueña de la posta—, como yo también quiero hacer algo por esa buena mujer, pagaré las medicinas que sean necesarias. Es muy justo aliviar a unas personas que han lle-



...hizo ademán de entregarle el escudo... (Pág. 41.)

vado la delicadeza hasta rehusar, a pesar de sus privaciones, una cantidad de dinero que muchas otras hubieran guardado sin escrúpulo. Esta acción es demasiado loable para que no seamos muy solícitos en recompensarla.

Catalina lloraba enternecida por los generosos ofrecimientos que acababan de hacerle, y, dando las gracias a ambos, se despidió del médico y vol-

vió con la dueña de la posta para tomar su canastillo. Esta última notó que el canastillo estaba cargado, y le preguntó lo que en él iba.

—Son coliflores, señora. ¿Quisiera usted aceptarlas como prueba de mi agradecimiento por sus bondades para con nosotros? Pensaba venderlas, pero están ya bien pagadas con lo que va usted a hacer por mi querida madre.

—Gracias, hija mía; acepto tus coliflores, pero las pagaré, pues en tu casa hace falta dinero.

La señora tomó las coliflores, que ella halló muy hermosas, y las pagó, diciéndole:

—Para que no vuelvas con la cesta vacía, lleva esto a tu madre.

Y le dió una botella de vino de Málaga, algunos bizcochos, y un pan blanco.

—Dile que beba todos los días un poquito de este vino, empapando en él un bizcocho. Adiós, querida; permanece siempre buena y amando a tus padres, y serás dichosa.

Catalina besó efusivamente la mano de su bienhechora, y se despidió de ella. El contento que experimentaba Catalina de llevar tantas cosas, y, sobre todo, tan buenas noticias a su madre, le dió ánimo; anduvo en una hora las dos leguas que separaban la aldea de la ciudad, y llegó a su casa sin contratiempo alguno. ¡Con cuánta alegría refirió ella a su madre todo lo que había sucedido; le entregó el escudo, la botella, los bizcochos, y repartió el pan blanco entre sus hermanos! El anuncio de la visita del médico llenó de contento a toda la familia, y tuvieron ya por restablecida a la madre.

El doctor se presentó al día siguiente muy temprano, e hizo varias preguntas a Teresa sobre su estado. Aseguró que la indisposición no era grave,

pero que hubiera podido tener malas consecuencias de no haberse acudido a tiempo. Ordenó muchos remedios, y dijo que la enferma podría dejar la cama dentro de algunos días. Antes de marcharse prometió volver a verla, y dejó contentos a todos.

Cuatro días después, volvió el médico y se in-



Catalina besó efusivamente la mano de su bienhechora... (Pág. 43.)

formó sobre el efecto de los remedios. Halló muy mejorada a Teresa, y dijo a Hermann que aquélla no necesitaba ya más que descanso y buenos alimentos. El pobre maestro elevó sus ojos al Cielo como para dar a entender que sus recursos eran muy limitados.

—¡Ah! se me olvidaba una cosa esencial—dijo

el médico—. En la posta me han entregado este paquete para usted.

Hermann tomó el paquete, y leyó el sobrescrito :

«A la señorita Catalina Hermann, en Rochemont». El maestro rasgó el sobre y halló unos billetes de Banco y la siguiente carta :

«Mi querida Catalina : Tanto a mis padres como a mí nos ha conmovido vivamente el rasgo de delicadeza de usted devolviéndonos los tres escudos. El error que cometí con motivo de la guirnalda de flores, que tomé por artificiales, me ha servido de lección provechosa. He reconocido que aun existe la honradez en el mundo, hasta en las más humildes cabañas. Mi madre no ha querido que yo vuelva a tomar los tres escudos que di por error a usted, y me ha permitido añadirles otros tres para recompensar su honradez. Habiendo sabido, además, por la dueña de la posta que se hallaba mala la madre de usted, añaden mis padres otra pequeña cantidad para ayudarla a cuidar bien de la enferma. Si el Cielo escucha nuestros votos, su madre de usted sanará pronto, lo cual nos servirá de suma satisfacción a todos, y muy especialmente a su atenta amiga

»ENRIQUETA DUVALET.»

Este inesperado socorro y el anuncio del pronto restablecimiento de Teresa, derramaron el bálsamo del consuelo en aquellos agradecidos corazones. Padres e hijos manifestaron al caritativo médico cuán reconocidos estaban a su doble atención de visitar a la enferma, y ser portador de aquel paquete.

—No he hecho nada absolutamente que me-

rezca las gracias — respondió aquel hombre de bien—. ¿No están obligados los cristianos a socorrer a su prójimo? Además, como el tiempo es muy bueno he tenido mucho gusto en traerles el paquete esta tarde; estaba yo en la posta cuando él llegó. Estoy, sin embargo, algo cansado; ¿podrían ustedes darme un vaso de leche?

Y se sentó.

Catalina se apresuró a ofrecerle el vaso pedido,



que el médico bebió a sorbitos, hallando muy buena la leche. Luego, el amable doctor examinó los muebles, el piano y la librería, y pareció encantado del aseo que en él notó en todas partes.

—Este piano me parece muy bueno — dijo a Hermann—; ¿no me haría usted el favor de tocar una sonata?

—Con sumo gusto, señor doctor. No deseo otra

cosa que demostrarle de algún modo mi gratitud.

El maestro se sentó al piano y tocó un hermosísimo trozo de música nueva.

—Toca usted muy bien, querido profesor — dijo el médico cuando aquél hubo concluido—, y me gustaría también oírle cantar.

Hermann hizo seña a su hija mayor, que buscó su librito de cánticos. Los demás hijos se colocaron alrededor de su padre, y cantaron con acompañamiento del piano.

—¡Muy bien! — exclamó el médico—. Las voces de ustedes son muy armoniosas; la de Catalina especialmente sobresale entre todas las otras y es muy agradable. Han cantado ustedes con tal expresión, que va en derechura al alma. De buena gana permanecería aquí un par de horas más oyéndoles; pero es ya tiempo de volverme a mi casa. Ea, amigos míos, les dejo; volveré dentro de ocho días, y espero hallar levantada entonces a nuestra enferma.

—¡Cuán agradecidos le viviremos siempre, señor doctor!—le dijo Hermann—. Devuelve usted la salud a una pobre madre de familia, y nos colma de beneficios. Mañana escribiré a la señorita Duvalet para darle gracias por el socorro que nos ha enviado.

Partió el médico, vivamente conmovido de los afectos de gratitud que aquellos buenos seres manifestaban. Luego que se hubo marchado, Teresa levantó las manos al Cielo y dijo:

—¡Bendito sea el Señor que ha tenido misericordia de nosotros! El es quien nos ha consolado en nuestros males, y enjugado nuestras lágrimas. A la vista de tanto amor esforcémonos por amarle más todos los días y probarle con nuestra conducta que no somos ingratos.

UNA VISITA INESPERADA

Teresa no tardó en recobrar la salud, y volvió a sus quehaceres domésticos. El médico volvió ocho días después, según había prometido, y asistió al examen de los niños de la aldea, a quienes hizo él mismo diversas preguntas. Transcurrieron varios meses y se arreglaron los negocios del maestro de escuela. Llegó el fin del invierno sin que ocurriera nada digno de notarse, y, cuando por último la primavera hizo revivir la naturaleza, los hijos de Hermann fueron a coger con alegría las primeras violetas de los campos para ofrecerlas a su madre.

Era un hermoso día de mayo. Hermann acababa de ponerse a la mesa con su familia para hacer un frugal almuerzo. Acababan de dar las once. Comieron la sopa de leche; Catalina trajo una media fuente de patatas humeando, y cada cual se puso a quitarles la piel. De repente oyeron llamar a la puerta.

—¡Adelante! — exclamaron diez voces a un mismo tiempo, y apareció una joven alta, hermosa, y elegantemente vestida.

—¡Dios mío! ¡es la señorita Enriqueta! — exclamó Catalina.

Se levantaron todos. El maestro de escuela se acercó a la joven forastera, y le dió gracias por el socorro que se había servido enviarles.

—Le suplico que no se hable más de esa fri-



...Enriqueta se sentó al piano y ejecutó muchos trozos escogidos, que Hermann aplaudió. (Pág. 50.)

era — dijo Enriqueta —, porque me obligaría usted a marcharme al punto. ¿Me permite que coma unas patatas en compañía de ustedes?

—Nos honra usted demasiado, señorita — repuso Hermann—. Nuestro gusto sería poder ofrecerle algo mejor.

Catalina fué en seguida por un plato y servilleta limpios, trajo leche en una bonita taza, peló



...y apareció una joven alta, hermosa... (Pág. 48.)

algunas patatas, e invitó a Enriqueta a comerlas, lo que ésta hizo gustosa.

La señorita Duvalet miraba de vez en cuando aquellos preciosos niños, cuyo aseo, fresca tez y rizado cabello parecían agradarle extraordinariamente.

—¡Qué buena cara tienen los niños de usted!

— dijo a Teresa—. No puedo decir, realmente, cuál es el más lozano.

—Gracias a Dios.— respondió la madre—, todos gozan de buena salud, y crecen a ojos vistas, y eso es precisamente lo que aumenta nuestros gastos.

Terminada la comida, Enriqueta se sentó al



piano y ejecutó muchos trozos escogidos, que Hermann aplaudió.

—Vamos, señor maestro — le dijo la señorita Duvalet—; toque usted también algo que no sea triste.

Hermann obedeció, y Enriqueta tomó en brazos al más pequeño de los niños y bailó con él por el cuarto, con gran regocijo de todos los otros que estaban encantados del buen humor de la fo-

rastera. Apenas hubo dado Enriqueta algunas vueltas, llamaron de nuevo a la puerta. Teresa estaba en una habitación contigua arreglando diferentes cosas, y Catalina abrió, dejando paso a una señora de elevada estatura y majestuoso porte.

—Es mi madre — dijo Enriqueta, en voz baja al maestro.

La señora entró, y miró con visibles muestras de satisfacción aquella salita tan aseada y aquellos niños tan alegres y lozanos.

—¡Dios mío! — exclamó luego clavando su mirada estupefacta en Catalina—; tenía yo en otro tiempo una amiga de quien eres un vivo retrato. Las mismas facciones, la misma estatura, el mismo color del cabello, todo, absolutamente todo igual. Me parece verla todavía, cuando ella me sacó del estanque en que yo me hubiera ahogado irremisiblemente a no ser por ella. Es, sin duda, tu madre. Dime, ¿dónde está? Llámala, para que yo la hable.

Teresa oyó estas palabras y salió del cuarto. La señora Duvalet la contempló un instante, y exclamó, estrechándola contra su pecho:

—¡Ah! ¡sí, eres tú, mi querida Teresa! ¡al fin te vuelvo a ver! ¡Qué dicha!

Teresa, que no sabía qué pensar de esta acogida, se quedó atónita.

—No recuerdo haber tenido jamás la honra de ver a usted, señora.

—¡Cómo! ¿no reconoces a tu amiga Leonor? ¿No te acuerdas de las horas felices que hemos pasado juntas en el castillo de Lindenberg? ¿No eres tú quien me salvó la vida, el día en que tuve la desgracia de caer en el estanque?

—¡Cómo! ¿es usted? ¡Ah! ¡que es la señora!

cuántas veces he pensado en usted ! ¡ Cuánto deseaba tener noticias suyas !

—Yo también me he acordado mucho de ti ; y me considero dichosa de volver a verte. A mi hija Enriqueta debo el placer de haberte encontrado al fin. En esto se ve el dedo del Señor. La delicadeza de que tu hija Catalina dió prueba elocuentísima, devolviéndonos los tres escudos, me conmovió mucho. Tomé reservadamente informes de vuestra situación, y, sin sospechar ni por asomo de que fueras mi antigua amiga, sentí hacia ti profunda simpatía. Acabo de dejar la ciudad para ir a pasar el verano en nuestra casa de campo, y al pasar cerca de Rochemont, me dije : « Es preciso que conozcas personalmente a la estimable familia de la que tan bien te han hablado ». Enriqueta me pidió permiso para tomar la delantera, y yo he seguido en mi coche. Así es como he logrado volverte a ver al cabo de tantos años. ¿ Ese es tu marido, y éstos tus hijos ? ¡ Cuán dichosa debes ser en el seno de una tan encantadora familia !

Y, dirigiéndose a Hermann, añadió :

—Perdone usted, señor, que hasta ahora no le haya dirigido la palabra todavía ; pero el gusto de abrazar a una amiga que me es tan querida, me ha hecho olvidar a todos. Le felicito por tener una mujer tan buena, y le ruego me permita llevármela al jardín, porque tengo que decirle muchas cosas reservadas. Más tarde tendré que hablar con usted también.

La señora Duvalet abrazó entonces a los niños, que estaban asombrados de lo que veían y oían, y, al salir, se cogió del brazo de Teresa, y dijo a Enriqueta :

—Anda, hija, busca en el coche los confites que he traído, repártelos entre esos queridos niños, y distráelos hasta mi vuelta.

XI

LA MADRE DE FAMILIA

Las dos amigas fueron a sentarse juntas en el banco situado bajo el manzano, y la señora Duvalet refirió circunstanciadamente todas sus desdichas desde que salió del castillo de Lindenberg



hasta que tuvo la suerte de casarse con el señor Duvalet, rico y honrado industrial, que la hacía la más feliz de las mujeres.

Teresa le contó a su vez cuanto le había sucedido desde la muerte de su padre, y de qué modo ella había llegado a ser la mujer del buen maestro Hermann; y le habló de su felicidad durante los primeros años de matrimonio; sus penas y desgracias durante su última enfermedad, y sus apuros a causa de los muchos hijos que el Cielo le había dado, sin ocultarle cuántas veces el Señor había venido en su ayuda de un modo particular, enviándole socorros en los momentos de mayor angustia.

—Pero dime, querida Teresa, ¿cómo has podido, con tan escasos medios, alimentar a nueve hijos, y proveer a las necesidades de una familia tan numerosa? Según lo que he oído decir, tu marido gana muy poco, y, sin embargo, has sabido hacer frente a tan cuantiosos gastos.

—Le explicaré minuciosamente de qué modo he podido dar cima a todo ello. Antes de casarnos, éramos ya muy económicos mi marido y yo. Hermann había sido ayudante del maestro en la misma ciudad donde yo vivía en casa de mi tío, y sacaba algunos extraordinarios dando lecciones particulares; como no era jugador ni bebedor, ahorraba cada año una corta cantidad, y, cuando fué nombrado maestro de este pueblo, pudo adquirir muebles, libros, el piano y alguna ropa blanca. Yo, por mi parte, ahorré del mismo modo, y cuando me casé tenía ya muchas piezas de lienzo, colchones y otros objetos necesarios en una casa. En los primeros tiempos de nuestro casamiento hicimos algunos ahorros, porque no teníamos que hacer frente a gastos mayores, y procurábamos aumentar nuestros posibles; además, mejorábamos nuestra situación sacando el mayor provecho posible de los diferentes terrenos que el concejo

cedió al maestro. Así, mi marido convirtió en pomar una lagunilla que inficionaba el aire durante los grandes calores, y dió curso a las aguas abriendo atarjeas que riegan ahora nuestro huerto. De esta manera pudimos alimentar dos vacas que nos abastecen de leche y manteca con abundancia. Nuestro huerto produce excelentes legumbres, que vendemos en el mercado del pueblo cercano, en donde nuestros espárragos y coliflores son muy estimados. Hermann plantó muchos árboles frutales, que él mismo injertó más adelante, lo cual nos proporciona también algún dinero, porque nosotros comemos muy poca fruta, preferimos venderla. El manzano, bajo el que nos hallamos sentadas, produjo el año pasado por valor de diez escudos. En este cercado no hay nada inútil: las abejas nos dan todos los años gran cantidad de miel y cera; el plantío de lúpulos que mi marido cultivó arriba, en lugar de las espinas y abrojos que allí crecían, nos proporciona también algún dinero. Así, nuestro huerto contribuyó poderosamente a nuestro bienestar. Pero exige mucho trabajo y continuos cuidados; sólo así podemos sacar provecho. Hermann se dedicó, además, a copiar música que mi tío le envía de la ciudad; da también lecciones de escritura, de cuentas y de piano en un castillo inmediato, y esto es otra pequeña fuente de ingresos.

»Por mi parte, tampoco yo permanecía ociosa. Las flores, y especialmente el romero, me han valido, con bastante frecuencia, no poco dinero; las personas que asisten a las bodas, suelen llevar un ramito de romero en el ojal, y vienen a comprarlo a mi casa. En la primavera, criaba yo toda clase de aves de corral, y mis niñas las guardaban haciendo media. A medida que mis hijos



fueron creciendo, les di una ocupación acomodada a su edad. Les enseñé a hilar, coser, bordar ; los niños trabajaban en el huerto arrancando las malas hierbas, haciendo cestas para guardar la hortaliza ; aserraban y partían leña, llevaban agua, regaban las plantaciones y acarreaban abonos para las tierras. El año pasado, hice recoger una gran cantidad de bayas encarnadas que nacen en los escaramujos. Las aldeanas se mofaron de mí, porque no sabían a qué uso las destinaba yo ; pero, cuando las hube limpiado y abierto para hacer excelentes conservas con ellas, se quedaron boquiabiertas ; y se hubieran asombrado mucho más de haber sabido el dinero que saqué de esto.

»Debo añadir que teníamos pocos gastos, porque nos alimentábamos de leche y legumbres solamente, sin desear nunca manjares delicados.

Nuestros hijos no se han estropeado el estómago con los dulces y diferentes golosinas que dan a los otros niños ; en nuestra cocina no se han empleado jamás otras especias que el comino, el tomillo, la cebolla y los ajos de nuestro huerto, y crea usted que tenemos todos muy buen apetito. Los niños beben agua solamente ; mi marido y yo bebemos cerveza, y el vino sólo en caso de enfermedad ; el café está desterrado de nuestra casa. Hermann no tiene tampoco, como otros tantos hombres, la costumbre de fumar ni tomar tabaco en polvo ; porque por poco que se gaste, como el tabaco se usa diariamente, al cabo del año representa una bonita cantidad que se va en humo, y, en una casa como la nuestra, todo se cuenta. Cuando él quiere purificar el mal aire de la sala de la escuela, quema en una estufilla unas hojitas de romero o va a respirar en el jardín la fragancia de las flores ; esto no cuesta nada. Otro recurso no menos importante fué la supresión de todo lujo en nuestra indumentaria. Hacía yo misma los vestidos de mis hijas, así como los míos ; y al principio de mi estancia en este concejo, aun trabajaba yo para diferentes familias. Cuando mis hijos vuelven de la iglesia los domingos, se quitan en seguida los trajes de las fiestas y los guardan en el armario ; de este modo, los conservan por mucho tiempo. En cuanto notan en ellos el menor roto, lo componen para impedirle hacerse mayor. Los trajes que mi marido había llevado por mucho tiempo, los achicamos para los niños ; por mi parte, arreglo mis vestidos usados para mis hijas, y el famoso sombrero de paja, gracias al cual nos hemos encontrado, le prueba a usted, querida señora, que en nuestra casa todo se aprovecha, puesto que yo lo había llevado ya en el palacio de

Lindenberg, y aun ha podido servir para mi Catalina. Lo mismo puedo decir de los muebles. Nunca hemos comprado objetos de lujo y fantasía; pero hemos conservado en buen estado los muebles que compramos cuando nos casamos y que podrán servir todavía para nuestros nietos. A menudo, en casas mal gobernadas, se pierde o estropea una infinidad de objetos; en la nuestra, todo se halla en su lugar, y se encuentra cada cosa cuando hay necesidad de ella. Esta economía, este cuidado y esta limpieza nos han evitado muchos gastos. Mi marido recogía todos los pedazos de papel que luego vendía; por mi parte no dejaba perder una hilacha de hilo, y todo esto nos fué útil a su tiempo. Mis hijos deben la salud que disfrutaban al aseo y limpieza de la casa y de sus personas; fuera de las indisposiciones comunes en esta edad, no han estado nunca enfermos. Podría citar aún muchas otras cosas, pero sería abusar de su condescendencia, señora.

—No, querida amiga, no temas abusar; la economía conviene a todos; todos podemos aprender algo cada día, y dichoso el que sabe aprovecharse de la experiencia ajena. Admiro tu conducta y resignación; pero estoy segura de que tu situación ha debido arrancarte más de un suspiro.

—Sí, señora, sería tonto negarlo; más de una vez he derramado ocultamente ardientes lágrimas al contemplar el estado de nuestros negocios; pero, lejos de entregarme a la desesperación, he hallado poderosos consuelos en mis adversidades. He aprendido a tener confianza en Dios, a amar el trabajo, y evitar la ociosidad. Si hubiera sido rica, no sé si mi familia sería tan piadosa y virtuosa. Las penas que hemos experimentado de vez en cuando, han tenido por resultado desape-

garnos del mundo, consagrarnos al Señor, y estimular en nuestro corazón un amor más vivo hacia El. Las oraciones se escapaban de nuestros labios con más fervor, nos parecía que teníamos más derechos a su misericordia, y su misericordia no nos ha faltado. Todo nos convidaba a dirigirnos a El con una ilimitada confianza. Así, en vez de quejarme, le doy gracias a menudo por habernos visitado con desgracias, y probado con tribulaciones. Me he dicho con frecuencia a mí misma que nuestras penas no eran tan grandes como las de otras familias que conocemos; sin embargo, debo confesarlo, temo algo nuestro porvenir, porque ni mi marido ni yo tenemos ya la salud ni vigor de nuestra juventud. Tiemblo al pensar en los gastos que será preciso hacer para dar estado a mis hijos, pues no podemos tenerlos siempre con nosotros. En cuanto a mis niñas, no sé qué será de ellas, puesto que carecen de dote. Hablo algunas veces a mi marido sobre el motivo de mis penas; y él trata de consolarme, pero no lo consigue siempre. Pronto hará veinte años que se halla en este pueblo, en donde le estiman y quieren. Creo que él debería hacer presente sus servicios, y solicitar que le den una escuela de más categoría y mejor sueldo; su conducta y el bien que él ha hecho aquí le dan derecho preferente, aun sin hablar de nuestros nueve hijos.

—Tranquilízate, querida Teresa; lo que no se ha hecho todavía, podrá hacerse. No dudes de que el Señor vendrá en socorro tuyo. He visto más de una vez de estos ejemplos en el mundo, y por experiencia propia sabes que los favores celestiales vienen a veces a hallarnos cuando contamos menos con ellos; lo mismo te sucederá a ti tam-



bién. Así, ten un poco más de paciencia, y todo se mejorará en lo posible. Pero es ya hora de volver a ver nuestros hijos.

XII

FELIZ RESULTADO

Mientras las dos amigas tenían esta larga conversación bajo el hermoso manzano, Enriqueta había entretenido a los niños del maestro, distribuyéndoles los dulces que su madre había traído. Aquellas golosinas habían causado gran impresión en aquellos niños, que nunca habían visto cosa tan bonita, ni podían alcanzar que aquellos lindos

corderillos, blancos como la nieve, que aquellos pastorcillos, aquellas frutas, aquellas flores y guirnaldas fueran comestibles. Cuando les dijo Enriqueta que los rompieran para comérselos, la miraron de hito en hito con expresión de asombro, y los examinaron mil veces sin poder resolverse a llevarlos a la boca.

—Sería un pecado comerse mi guirnalda — dijo Luisita—; se la daré a mi madre para que me la guarde en su armario.

María era feliz como una reina con el canastillo de caramelo que le habían regalado y en el que había frutas encarnadas y blancas; decía que las blancas no estaban maduras todavía, y que era menester ponerlas aparte hasta que estuviesen en sazón, pues su padre le había dicho que las frutas verdes causaban enfermedades.

Antonio preguntó a Hermann si no sería preciso asar el corderillo que le había tocado en suerte, para no comer carne cruda como los salvajes.

Carlitos atrajo sobre sí los clamores de todos sus hermanos, por haber cometido la barbaridad de cortar la cabeza a su pastora, y aun de comérsela, declarando a todos que ella estaba muy buena.

Carlota permanecía sentada en una silla sin atreverse a tocar sus manzanas de azúcar blanco, porque ella decía que estaban heladas y era preciso cocerlas.

Enriqueta acudió para saber la causa de su tristeza; no pudo ella menos de reírse, y consoló a la niña tomándola en brazos, y diciéndole:

—Te has engañado, hija mía; no hay que afligirse por eso; todos se engañan. Yo, que soy más vieja que tú, creí comprar una guirnalda de flores artificiales y estaban recién cortadas de un par-



Carlota permanecía sentada en una silla sin atreverse a tocar sus manzanas de azúcar... (Pág. 61.)

terre. Así, no llores y come tus manzanitas. Sin duda te han prohibido comer fresas o grosellas todavía blancas, y malas, por consiguiente; te has acordado de esta prohibición, y has hecho muy bien en obedecer.

Y le dió también un pedazo de torta que atajó en seguida el curso de sus lágrimas.

Catalina, conforme le había mandado su padre, había preparado algunos refrigerios para las señoras forasteras. La mesa estaba cubierta con blanquísimo mantel; una escudilla de leche azucarada, otra de requesón, un hermoso pedazo de manteca fresca de vacas, miel clara como el oro; unos panecillos blancos, que ella había mandado comprar en casa del panadero vecino; manzanas y peras muy bien conservadas, colocadas en canas-

tillos de mimbre y rodeados de hojas de hiedra, todo lo cual colocó con orden en la mesa, en medio de la que se veía un primoroso ramillete de violetas, lilas, tulipanes y otras flores propias de la estación. Los platos eran de loza y los cubiertos de estaño, pero todo ello relucía de limpio. Hermann trajo una botella de vino generoso que guardaba en la bodega desde la enfermedad de Teresa, y la puso en el sitio que las señoras Duvallet debían ocupar en la mesa. Cuando todo estuvo preparado, él fué al encuentro de la madre, y le rogó que entrara un momento para tomar alguna cosa.

La amable señora aceptó, tomó asiento entre Hermann y Teresa. Enriqueta se colocó al lado de Catalina, y los demás niños continuaron jugando con sus golosinas.

— ¡Dichosos ustedes, amigos míos — dijo la se-



ñora Duvalet—, que viven en el campo donde hallan tantas buenas cosas, leche, manteca de vacas, miel, frutas exquisitas! Aquí lo tienen ustedes barato y puro, mientras que en las ciudades nos cuesta todo un ojo de la cara, y menos mal si no estuviera adulterado. Los platos más exquisitos nada valen en comparación de estos dones naturales.

—Esta señora se chancea — dijo quedito Carlos a Sofía—; me gustan mucho la leche, la miel y la manteca de vacas, pero no me gusta menos esta pastora de azúcar; me he comido su cabeza, y espero tragármela toda entera sin que me haga daño.

Hermann sirvióles de todo lo que había en la mesa, y la señora Duvalet, después de comerse una buena rebanada de pan con manteca de vacas, dijo al maestro:

—No puede usted imaginarse lo contenta que estoy de haber venido. El placer de haber vuelto a hallar a una antigua amiga, y puedo añadir, la única verdadera amiga que he tenido en mi vida, me causa una alegría como no la he experimentado hace mucho tiempo. Es el de hoy uno de los días más bellos de mi vida. Ahora, señor Hermann, hablemos seriamente. Teresa me ha confiado los secretos de su casa, y tengo que proponer a usted algo que mejorará, espero, su suerte, y me proporcionará la dicha de pasar una parte del tiempo en compañía de ustedes. Escúcheme. Mi marido es alcalde del pueblo donde acostumbramos pasar siete u ocho meses del año. La población es importante, y hace ya mucho tiempo que mi marido se ha ocupado en poner la escuela en las condiciones debidas, y si hasta ahora no ha tomado disposición ninguna sobre este parti-



...consoló a la niña tomándola en brazos... (Pág. 61.)

cular, es porque ha tenido lástima del maestro que la dirige. Este señor es un buen hombre, pero está enfermo con frecuencia, y es muy viejo para imponer respeto a un enjambre de chiquillos turbulentos; reconoce él mismo que no le es posible ya dirigir su escuela, y solicita retirarse, mediante una corta jubilación. Mi marido ha pensado en usted, y se propone pedir esta plaza para el digno profesor que ha sabido granjearse la estimación y confianza de los habitantes de Rochemont, ejerciendo con tanto celo las funciones de su ministerio durante tantos años. Todas las dificultades están allanadas, y sólo falta el consentimiento de usted. La carta que Catalina escribió a Enriqueta, fijó desde luego la elección de mi marido. El médico que ha asistido a Teresa, nos ha escrito también acerca de usted, encomiando, como merecen, su conducta y talento. Mi marido no ha vacilado un instante, y me ha dicho que un hombre tan honrado y cumplido, que educa a sus hijos con tan admirables máximas, merecía que se interesaran por él. Sin embargo, creyó deber informarse minuciosamente sobre el método de enseñanza de usted; y el médico nos envió también estos informes, que son inmejorables. Por ese motivo asistió a los exámenes de los alumnos de usted, y miró con tanta curiosidad su librería. Nos hablaba asimismo del bien que usted ha hecho en Rochemont; yo he podido apreciar el influjo que usted ha ejercido sobre esta aldea, que está ahora desconocida. En otro tiempo Rochemont era el tipo de las aldeas pobres, sucias e incómodas, mientras que, en nuestros días, ha mudado de aspecto enteramente; por todas partes se ven huertos y jardines bien cultivados, que producen legumbres y fruta en abundancia, y en-

cierran colmenas y plantíos de lúpulos y preciosas flores. La pereza ha desaparecido para hacer lugar a la actividad; la limpieza ha hecho desaparecer el horrendo espectáculo de las inmundicias alrededor de las casas; el contento y la armonía reinan en las familias.

»—Y tú también, mi querida Teresa — prosiguió la señora Duvalet—, has contribuído al bien de este pueblo. Con tu ejemplo, has enseñado a las madres de familia a ocuparse en mil cosas que miraban antes con desdén y aprovechar lo que antes se perdía; has enseñado a las mozas a bordar, hacer media y coser. En una palabra, la presencia de ustedes ha sido para esta aldea manantial de bienes; y no cabe duda que Dios y aun los hombres les recompensarán debidamente. Es lo que ha determinado a mi marido a solicitar y conseguir para usted la escuela de que le he hablado. Huelga decir que se han presentado una infinidad de aspirantes, cargados de recomendaciones; pero mi marido los ha despachado a todos anunciándoles que estaba ya hecha su elección; y como yo debía ir a nuestra casa de campo, me encargó que viniera a ofrecerle a usted el cargo. La casa del maestro, a quien usted debe suceder, se reedificó hace muy pocos años; es grande y mucho más cómoda que ésta, y el huerto más espacioso. El municipio posee saneadas rentas; la población asciende a mil quinientos habitantes, casi todos acomodados, y, además, el sueldo de usted será tres veces mayor que el que usted tiene ahora. Más adelante, los hijos, que con tanto esmero ha educado e instruído usted, le ayudarán en sus funciones; yo tendré el consuelo de vivir con mi querida Teresa, y mi hija hallará una

amiga en Catalina. ¿Qué me contesta usted, señor Hermann?

—No hallo palabras para expresar la alegría de que rebosa mi corazón al oír las proposiciones que usted acaba de hacerme y que acepto gustosísimo y agradecido. ¡Qué felicidad! El Señor me concede, al fin, lo que no he cesado de pedirle en mis fervorosas oraciones. Sí, hace ya mucho tiempo que imploraba yo al Cielo que se apiadara de nosotros, que mejorara mi situación y la suerte de mis hijos, y, por último, veré satisfechos mis legítimos deseos. Bendito sea el Señor, y bendita usted también, señora, que es el instrumento de sus misericordias. Prometo solemnemente que pondré todo mi empeño en cumplir con puntualidad mis obligaciones, y justificar la confianza de los generosos bienhechores que se interesan por nosotros.

No pudo proseguir porque le sofocaba el llanto.

Teresa estaba también hondamente conmovida; y, tomando la mano de su amiga, murmuró:

—Tampoco yo sé cómo expresar a usted mi alegría, gratitud y amor. ¡Ah! si el Cielo escucha nuestros votos, será usted recompensada con creces por lo que hace en favor nuestro. Hijos míos, venid a dar gracias a vuestra protectora, a vuestra segunda madre.

Los niños rodearon al momento a la señora Duvalet, y cubrieron de besos sus manos.

Aquel espectáculo colmó la medida de la conmoción, y todos prorrumpieron en sollozos; la señora Duvalet y su hija lloraban también al ver aquella familia tan feliz.

Al cabo de unos instantes se levantó la madre de Enriqueta, se enjugó las lágrimas, y dijo:

—No me es posible permanecer por más tiem-

po aquí; tengo necesidad de respirar el aire libre; mi corazón está de tal modo henchido de júbilo, que temo ponerme indispuesta. Nunca he conocido como hoy cuán dulce es hacer la felicidad de nuestro prójimo. He visitado a menudo a varios desvalidos en las cabañas, y hasta he ba-



Los niños rodearon al momento a la señora Duvalet... (Pág. 67.)

jado a los calabozos infectos donde yacen sobre hedionda paja los desdichados que la justicia humana persigue por sus delitos, y siempre he procurado derramar en sus corazones el bálsamo del consuelo; pero no he hallado nunca en parte ninguna tanto amor, tanto enternecimiento y gratitud. Sí, merecían ustedes que se interesaran en

favor suyo, y bendigo mil veces al Señor por haberme proporcionado la ocasión de hacerlo, valiéndose para ello del atolondramiento de mi hija.

—Y yo, señora, confieso a mi vez — respondió Teresa—, que no he encontrado nunca en el mundo corazón más noble y generoso que el suyo. Estábamos unidas, éramos como hermanas en nuestra edad juvenil; pero estas amistades suelen cambiarse según las circunstancias y aun se borran; porque es muy raro el hallar personas llegadas a la cumbre de la fortuna, y que se acuerden todavía de los que fueron amigos suyos en otro tiempo; es más frecuente ver que se avergüenzan de haber tenido por amigos personas de humilde condición; pero aquí sucede lo contrario. La clase y fortuna no sirven más que para realzar las ideas de modestia, la bondad del corazón, y la verdadera nobleza de alma. Una señora rica no se desdeña de llamar amiga suya a la pobre mujer de un maestro de aldea. He aquí el imperio de la religión, el fruto de la verdadera virtud, fruto que no producirán nunca las máximas del mundo.

—Tienes razón, querida Teresa — repuso la señora Duvalet, levantándose de la mesa—; tienes razón en atribuir a la religión la conservación de la amistad que por ti siento; ella fué, en efecto, siempre mi apoyo y consuelo. Así, para acabar, demos todos gracias a la Providencia que ha dirigido así estos sucesos. Ella es quien os ha dado a conocer a mi marido, y la que ha destinado la plaza de maestro al señor Hermann, aun antes que supiera yo que era tu marido. Me salvaste la vida hace ya muchos años, y no pude hacer entonces nada por ti; hoy día me es permitido pagar una parte de mi deuda, y me tengo por dichosa en haber hallado la ocasión de sacaros a todos del

apuro. Quedamos en que acepta usted el cargo, ¿no es verdad, señor Hermann?

—Sí, señora, iré a mi destino en cuanto me lo ordene la autoridad superior.

—Mi marido se encargará de dar los pasos necesarios. Pero ya es hora de partir.

—¡Tan pronto! — exclamaron los niños, rodeando de nuevo a su bienhechora.

—¡Pobres criaturas! De muy buena gana permanecería un rato más entre vosotros; ¡disfruto tanto en vuestra compañía! Pero temo impacientar al cochero. Confío en que muy pronto nos veremos con frecuencia. ¡Adiós, queridos amiguitos! ¡Adiós, Teresa! ¡Adiós, señor Hermann!

Y abrazó a la dichosa madre y todos sus hijos, que la acompañaron hasta el coche.

En el trayecto, dijo Enriqueta a Catalina, que le daba el brazo:

—Dime la verdad, amiga mía; ¿no estás ya enojada contra mí porque te Laya quitado tu sombrero con aquel calor que hacía entonces? ¡Cuánto debiste sufrir! El sombrero está depositado en nuestro coche; lo he traído para devolvértelo. Adelantémonos.

Las dos muchachas llegaron luego al coche, y Enriqueta entregó el sombrero a Catalina.

—¿Cómo — exclamó la última — esta guirnalda de flores naturales se ha conservado hasta este día? ¡Es un milagro que no se hayan marchitado!

Enriqueta batió palmas y prorrumpió en risa.

—¡Amiguita — dijo —, también tú has caído en el engaño! Yo compré tu guirnalda natural, creyéndola de flores artificiales, y tú tomas ahora las artificiales por flores naturales. Escucha: para que no se burlaran de mí las amigas que venían a

verme los domingos, en cuanto llegué a la ciudad fuí a casa de una modista a la que entregué tu guirnalda para que me hiciera otra absolutamente igual, pero de flores artificiales; y ella lo hizo con tanto acierto que, como has visto, tú misma te has engañado. Hazme el favor de aceptar el



Y abrazó a la dichosa madre y todos sus hijos, que la acompañaron hasta el coche. (Pág. 70.)

sombrero y la guirnalda, que conservarás como recuerdo de la tuya, que vino a ser el instrumento de vuestra felicidad.

Catalina no quería aceptar el regalo de su amiga; pero Enriqueta insistió; y estaban porfiando todavía, cuando llegó la señora Duvalet con su séquito.

—Acepta esa guirnalda, buena Catalina — le dijo—, y guárdala con cuidado. Te recordará continuamente la infinita bondad del Señor. Colócala en tu cuarto y su vista servirá para que no olvides tus deberes para con Dios. Pensarás que ese objeto o lo que él representa, te ha valido suerte más dichosa; y este pensamiento te hará más y más reconocida para con Aquel de quien dimanan todos los bienes. Adiós, amigos míos, en breve sabréis de nosotros.

Las señoras subieron al carruaje; el cochero, que estaba impaciente por haber aguardado por tanto tiempo, fustigó los caballos, y a los pocos instantes la calesa se perdió de vista.

Hermann y su familia se volvieron a casa.

—Ahora—dijo el maestro a sus hijos reunidos—, puesto que el Señor ha venido a nuestro socorro de un modo casi milagroso, apresurémonos a darle gracias por sus favores.

La cristiana familia se arrodilló ante el crucifijo de la escuela y elevó al Cielo una oración, suplicándole que continuara dispensándole sus mercedes.

Ocho días después, recibió Hermann una carta del director de Instrucción pública, notificándole que debía presentarse en la ciudad, sin decirle con qué motivo. Teresa, sobrecogida de miedo, se echó a llorar al saber el contenido de aquella carta, y dijo a su marido:

—Seguramente se trata de alguna denuncia contra ti. Algunos envidiosos, despechados por no haber podido alcanzar la plaza que se nos destina, habrán inventado alguna calumnia para quitártela. ¡Hágase la voluntad de Dios! Si no lo logramos el ascenso continuaremos siendo tan honrados como hasta hoy.

Y se enjugó las lágrimas.



La cristiana familia se arrodilló ante el crucifijo de la escuela... (Pág. 72.)

—¿A qué vienen ese llanto y esos juicios, sin saber antes de qué se trata? — le respondió su marido—. No temo la calumnia; y si han recurrido, como tú pretendes, a ese odioso medio para denigrarme a los ojos de mis jefes, sabré defenderme. Todo Rochemont está de nuestra parte para decir la verdad; así no temo nada. Esto me tranquiliza.

Hermann se vistió apresuradamente, tomó algún dinero y su bastón, y besó a sus hijos.

—¿Cuándo crees que estarás de vuelta? — le preguntó su mujer, que le acompañó hasta la calle.

—No podrá ser antes de mañana por la tarde. Pero sosiégate, mujer; verás que todo irá bien.

Aunque estas últimas palabras tranquilizaron

algo a Teresa, no dejó de estar preocupada y de exhalar continuamente suspiros. Hizo oración con sus hijos, a fin de que el Señor tomara bajo su protección a Hermann. La tarde del segundo día, solicitaron los niños salir al encuentro de su padre, y Teresa se lo permitió. Había pasado una hora desde que salieron los niños, cuando Sofía entró



como un huracán en la casa, y exclamó, echándose en los brazos de su madre :

—¡ Papá está de vuelta ! Viene muy contento y trae muy buenas noticias ; y he venido volando para anunciárselo a usted.

Teresa salió también al encuentro de Hermann, a quien descubrió luego rodeado de sus hijos, que llenaban con sus gritos los aires.

El maestro de escuela volvía, efectivamente,

muy contento de su viaje ; se sentó a la mesa para comer, y refirió a su familia el motivo y resultado de su viaje.

—Llegué ayer a la ciudad a las dos, y cuando hube descansado un momento, pasé a casa del secretario del director de Instrucción pública, quien, después de haber oído mi nombre, me recibió con la mayor amabilidad. Aquella acogida era de buen agüero. El secretario me dijo que el director se hallaba ausente, pero que le aguardaban a las cuatro ; me mandó sentar, y me preguntó diferentes cosas. Finalmente, al cabo de una hora de espera, volvió el director, al que me presentaron en seguida. No podéis figuraros lo amable que es dicho señor. Me enseñó y leyó muchas cartas que él había recibido referentes a mí. Si no me engaño, había dos del señor Duvalet. En aquellas cartas se me colmaba de tal modo de elogios, que, al oír su lectura, me ruboricé.

»—Casi debería yo hacer cargos a usted — me dijo el director, con el más amistoso tono—, por no haber dado conocimiento a sus superiores sobre el apuro en que usted se ha hallado con su numerosa familia. Un maestro de escuela, padre de nueve hijos, aunque no presentara tantos títulos como usted, que le hacen acreedor a nuestra benevolencia, tendría ya justos derechos para ser ascendido. Pero usted, señor Hermann, es demasiado modesto y ha temido sin duda molestar a sus superiores, exponiéndoles su situación ; ha hecho mal, pero eso habla muy alto en su favor. Ha llegado el momento de recompensar a usted. Los informes que hemos recibido sobre su método de enseñanza, y sobre el bien que usted ha hecho en Rochemont, han sido trasladados al ministro, y todos nos hemos valido con diligencia

de esta ocasión para ser útiles a usted y probarle nuestra estimación. Mañana estará usted a las diez en punto en el ministerio de Instrucción pública, y se hará anunciar inmediatamente, a fin de no aguardar por mucho tiempo.

»Me despedí de tan amable caballero, manifestándole mi gratitud por lo que se dignaba hacer por mí y salí estupefacto. Esta mañana fuí al ministerio, y me introdujeron en seguida en una primorosa sala en que se hallaba reunido el Consejo de Instrucción. Al oír mi nombre el ministro, que estaba sentado en medio de aquellos señores, y teniendo a su derecha al director que yo había visto ayer, ordenó que me acercara. Obedecí prontamente; me repitió lo mismo que en otros términos me había dicho el director. Después, abrió una cajita que tenía delante sobre la mesa, y me entregó esta medalla.»

Y sacó Hermann de su bolsillo una hermosa medalla de plata, envuelta en papel, y la dió a su mujer.

—Esto — me dijo el ministro, abrazándome — es un testimonio de nuestra satisfacción, y una merecida recompensa al celo que ha demostrado usted en el ejercicio del magisterio. Ahora, tome usted el nombramiento para la plaza de maestro de la villa de que el señor Duvalet es alcalde. Continúe usted desempeñando sus funciones como hasta ahora y cuente usted siempre con la estimación de sus superiores.

»Me hallaba tan confuso con tantas demostraciones de bondad, que no sé lo que respondí a aquellos señores, los cuales me dieron la enhorabuena y me estrecharon la mano. Quería yo retirarme; pero abrió el ministro entonces un cajoncito, y me dijo :



...abrió una cajita que tenía delante sobre la mesa, y me entregó esta medalla. (Pág. 76.)

»—Hemos acordado entregar a usted, a título de gratificación, y para los gastos de traslado.

»Y me entregó un rollo de monedas de oro.

»Me despedí de aquellos señores ; y, después de tomar un bocado en la posada en que había pasado la noche, me puse en seguida en camino, ansioso para anunciaros la buena nueva.»

Sería difícil pintar la alegría de aquella familia al oír esta relación de Hermann. Todos los rostros estaban radiantes de júbilo. El padre abrazó a su mujer e hijos, que no sabían cómo manifestar su contento.

Dos días después, varios carros enviados por el señor Duvalet cargaron los muebles de Hermann, para transportarlos a su nueva morada, en donde

él pasó días muy felices en un bienestar no soñado, y continuando haciendo bien como en lo pasado. Sus hijos permanecieron siempre fieles a las máximas que él les había inculcado, y rodeáronle de cuidados y veneración hasta que Dios le llamó a su seno.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de
Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del ro-
ble. |
| 9. Juegos y hazañas de ani-
males. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen
(tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen
(tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinsón. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del blo-
queo. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (pri-
mera parte). |
| 17. El instinto de los ani-
males. | 40. Una ciudad flotante
(segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de anima-
les. | 43. Las Indias negras (1.ª parte) |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte) |
| 22. Un Charlot del mundo
animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doc-
tor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |